

FANDANGO

En memoria del maestro D. Rafael Azcona

El avezado guionista se encontraba desde hacía unas horas dándole vueltas a una escena escabrosa. Dentro de que la película era costumbrista, como casi todas las que le pedían últimamente, y que el director era del régimen, el asunto del amorío iniciático, primerizo y urgente entre dos chavales le hacía sudar tinta: había que salvar la censura.

De momento, y mientras que el alférez (el censor aquel, alférez provisional durante la contienda, que se creía escritor rebelde porque le habían publicado media docena de libros de tema, digamos, conflictivo) no dispusiera otra cosa, la escena le quedaba así:

«En un lugar de España. Con un pequeño río, español por supuesto; esto es: de régimen torrencial, casi sin agua en el estío. Nos encontramos en los últimos años de la década de los cincuenta, al caer la tarde de finales de septiembre, cuando el verano ya ha dicho adiós oficialmente pero los calores aún aprietan y se agradece la brisa del río. Se ven juncales, adelfas y cañaverales. Dos chicos adolescentes, Josete y Emilita, pasean por la orilla, más que cogidos de la mano, rozándose la punta de los dedos tan apasionada como temerosamente. La chica, cada vez que salta una charca, dice un ¡Huy! muy agudo y gracioso mientras se remanga la falda hasta medio muslo. El chico la ayuda a saltar asiéndola de la mano y sin perderse un detalle de la enjundiosa hermosura de su amiga; se siente enamorado.

Ella viene como todos los veranos, a pasar unos meses de vacaciones. No tendrá más de doce años bien cumplidos. Lozana, apuesta y bien conformada, destaca la belleza andaluza de su rostro moreno. Viste blusa de organdí sin mangas y falda de vuelos por debajo de la rodilla. Se nota que ya se afeita las piernas y los sobacos.

Él, del lugar, es un par de años mayor, de la edad del hermano de la chica, del que es muy amigo. Pero, al lado de su acompañante, parece un espárrago silvestre, de esos que

crecen en los márgenes de los caminos. Viste con camisilla de algodón a listas que parece de pijama y pantalón corto. De momento, no necesita afeitarse nada.

El bolsillo derecho del pantalón se le nota al chaval extraordinariamente abultado. La chica lo percibe y mira de soslayo cada vez. Se van acercando, entre saltos y cabriolas, risas y tiernas miradas hasta el lugar escogido: La Cueva, una pequeña gruta formada en un recodo del río por acción de las aguas, que sirve de abrigo improvisado a parejas enamoradas y a algún pastor. Al llegar a la explanada frente a la cueva, formada por cantos rodados de aluvión, la niña va cantando por lo bajines.

NIÑO: ¿Tú cantas flamenco, Emilita?

NIÑA: ¡Claro, es que zoy flamenca! Te voy a cantar un fandango de mi invención.

Y Emilita, aunque es de Sevilla, se pone a cantarle a su enamorado Josete el fandango de Huelva, mientras mueve los brazos y los pies con esa gracia y donosura que Dios ha dado a los andaluces según para qué cosas:

‘na mierdaá,
‘na mierda en un caminooo,
Debe de ser respetáaa,
Esa mierda representaaa,
A un hombre que fue a cagáaaa,
Y si no caga, revientaaa.

Josete queda mudo de asombro ante tanto donaire. Y no acierta a decir, después de un rato con la boca abierta, otra cosa que ¡Olé!, mientras aplaude fervorosamente. Emilita se siente satisfecha con el resultado de la función, y cree llegado el momento de adentrarse en la cueva, a ver si es tan emocionante como le han contado sus amigas mayores. Le alarga la mano a Josete y coge la de él, esta vez con firmeza y decisión.

NIÑA: ¿Te ha gustao?

NIÑO: Mucho

NIÑA: ¿Qué es lo que más te ha gustao?

NIÑO: Tú.

Cree Josete que ha respondido lo correcto en estos casos. La letra le ha parecido algo burra, la verdad, pero es lo que menos le importa. Él solo tiene ojos para ella; ni oídos, ni manos, ni boca ni nada, sólo ojos. ¡Y es tan hermoso lo que ha visto!

Se adentran en la gruta. En las bóvedas reverberan los reflejos de los últimos rayos de sol contra el agua remansada, cristalina y tibia. Al fondo se ve como una pequeña playa formada por fina y dorada arena, hoyada tan sólo por alguna pareja o alguna oveja descarriada. Se ven cagarrutas de cabra.

NIÑA –atrevida-: Pues entonses, dame un beso.

Y cierra los ojos, mientras aproxima su boquita a la de Josete. Éste, sorprendido y trémulo, le da un tenue beso rozando con sus labios los de ella.

NIÑA –resabiada-: Así no, mi arma, con lengua.

NIÑO –perplejo-: Es que es la primera vez que beso a una chica...

La niña, por pura intuición, entreabre la boca. El niño la ve acercarse a la suya, frutal y deliciosa. Y también la abre. Por un momento, se rozan con la punta de la lengua, mientras se funden en un estrecho abrazo, que les complace. Pero no persisten. La niña nota entonces la dureza del objeto no identificado que Josete lleva en el bolsillo derecho, y curiosa desde que iniciaran el paseo, le echa mano al paquete:

NIÑA: ¡Uy, qué coza más dura! ¿Qué llevas ahí?

NIÑO: Son las zompas. Es que cuando te vi pasar por aquí estaba jugando a la zompa mojá.

NIÑA: ¿Las qué?

El niño se saca del bolsillo una zompa de madera pintada con primor por él mismo, y la exhibe como una joya.

NIÑA –sorprendida y algo decepcionada-: ¡Ah, una peonsa! Qué raro habláis en este lugar.

NIÑO –contrariado y pensando que una andaluza no puede quejarse de que él habla raro, responde a media voz-: Sí...

Entonces la niña da media vuelta y se escapa corriendo de la cueva. En su atropello, casi tropieza con un pescador que, conocedor del refugio de parejitas, se acercaba con su caña en la mano por si pescaba algo. Josete corta una caña y se la pela.

La escena termina con el niño solo, sentado en la pequeña playa, quitándole las hojas a la caña que acaba de cortar para hacerse un canuto, mientras piensa: “para ser la primera vez, no ha estado mal”. Pronto llegara la época de los liones y necesitará esta especie de cerbatana para las guerras a lionazos (*Travelling alejándose*)».

El maduro y experimentado guionista dio la escena por cerrada, no sin antes aclarar para el atrezo el significado del término Zompa mojá = peonza bañada (en alguna acequia o en el río); así como la naturaleza de una guerra a lionazos, utilizando como proyectiles el hueso de la pequeña baya de este árbol, llamado lionera en aquellos parajes, que no ha sabido identificar. Y una nota: a falta de liones, puede emplearse como munición las pequeñas cápsulas que da el eucalipto.

Era ya de madrugada y se sentía cansado. Quedó pensativo, meditando acerca de la irreverencia del fandango o de la oportunidad de las metáforas, y se dijo para sí mientras se quitaba las gafas, las dejaba cuidadosamente sobre el escritorio y se disponía a acostarse:

«No sé si el jodido alférez me las pasará esta vez».